

AMORES CON FECHA DE CADUCIDAD



Mau Vázquez

AMORES CON FECHA DE CADUCIDAD

MAU VÁZQUEZ

Copyright © 2019 MAU VÁZQUEZ
Todos los derechos reservados.

ISBN:9781079830941

A MI FAMILIA
Los amo con toda el alma

Contenido

[Title Page](#)

[Copyright](#)

[Dedication](#)

[CONTENIDO](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[ACERCA DEL AUTOR](#)

CONTENIDO

1	Primero capítulo	1
2	Segundo capítulo	42.
3	Tercer capítulo	61

1

Era viernes, como a eso de las cinco de la tarde, cuando entré al Starbucks de avenida Palmas. Recién salía de una entrevista de trabajo, la corbata ya me tenía hasta la madre y quería quitarme el saco. No estoy acostumbrado a buscar empleo, pero con la situación del país, era necesario.

No me di cuenta, cuando de pronto ya le había tirado el café encima a esa chica, todo el vestido blanco se le había ensuciado. Usé mi saco para limpiarle la pierna mientras le pedía disculpas.

—¡Lo que me faltaba! —exclamó al borde del llanto.

—De verdad lo siento. Si quieres te pago la tintorería —le dije a la mujer más bella que había visto en mi vida.

—Es el vestido, el café, mi vida. ¡Todo! Vengo de una entrevista de trabajo y mi madre falleció la semana pasada.

—Uy, entonces sí es para tanto, qué torpe soy. Discúlpame, porfa.

Se me estaban cayendo los calzones de la pena, ¿había fallecido su madre? ¿Con qué cara le pedía disculpas? Me dieron ganas de abrazarla y decirle que todo iba a estar bien, sin embargo, guardé silencio.

—¿Me dejas comprarte otro? Es lo mínimo que puedo hacer —le dije.

—Gracias, pero ese era el segundo. Estaba checando mi Facebook, no he podido pagar mi plan así que me quedé aquí un rato. Mi entrevista fue hace más de una hora —me respondió.

—Si quieres te comparto internet, aunque sea.

—Qué lindo eres, pero aquí hay wifi gratis, además ya tengo ir por mi hermano, sale en media hora del inglés.

—Ok, mi auto está en la esquina, aunque sea déjame llevarte a recogerlo. De hecho yo también vengo de una entrevista de trabajo. Revisa mi Facebook para que veas, tengo como quinientos amigos.

—Cómo crees, aunque tuvieras un millón de amigos sería ilógico irme con un desconocido.

—Tienes razón, discúlpame. ¿En qué estoy pensando?, mi nombre es Patricio pero todos me dicen Pato y le voy al América, mucho gusto.

—Uy, si lo primero que me vas a contar sobre ti es que eres americanista, mejor cambiemos de tema porque soy puma —respondió en lo que tomaba sus cosas y se levantaba del sillón.

—Estudié en la UNAM y le tengo aprecio a tu equipo, pero bueno, mejor ni hablemos de eso porque se te hará tarde. Te acompaño a tu auto.

—Hoy no circula, me iré en metro, pero muchas gracias.

—Ves, ¿qué más puede pasarte? Ya te tiré el café encima. Lo mínimo que puedo hacer es llevarte a que lo recojas, los dejo en tu casa y desaparezco.

—Tienes razón, ¿qué más me podría pasar? Ándale, vamos, la verdad es que prefiero eso que andar en metro con mi hermano.

Caminamos hacia el Civic gris que llevo manejando más de diez años. Mientras cruzábamos la avenida, aproveché para preguntarle cómo se sentía. Me volvió a decir que había perdido recientemente a su madre y ahora era su responsabilidad cubrir los gastos de la casa, pagar la colegiatura de su hermanito menor y comprarle comida al perro. Por esa razón, estaba buscando trabajo.

Durante el camino comenzó a platicarme que había aplicado para un puesto en una agencia de publicidad. Describió de manera singular al tipo gordo que la entrevistó y pude darme cuenta que habíamos ido a la misma entrevista, sólo que la de ella fue una hora antes. Lo supe debido a que era sencillo reconocerlo con esa verruga en el cuello que parecía estar a punto de explotar por lo justa que llevaba la camisa. Me habré distraído por lo menos tres veces cuando hacía una pregunta e imaginaba cómo le explotaba esa cosa. En ese momento, opté por omitir que yo estaba buscando el mismo empleo. Sólo la escuché atentamente.

Al llegar a la entrada de un Quick Learning, se subió al Civic un enano como de ocho años. Antes de siquiera saludarnos, dijo que él también le iba al América cuando vio la bandera naca que llevo debajo del retrovisor. Aproveché para contarle sobre la ocasión en que conocí al Cuau, la estrella eterna del equipo, y le presumí el balón que tengo autografiado por grandes estrellas del club. *Si quieres un día jugamos con él*, le dije mientras su hermana le pedía que se pusiera el cinturón de seguridad. De pronto comenzó a sonar una canción de los Deftones y por primera vez en el día la vi sonreír.

—Aunque sea cover, *No Ordinary Love* es de mis canciones favoritas —me dijo mientras imitaba a Chino Moreno y bailaba en el asiento de copiloto.

No podía creer lo que me estaba pasando, iba conduciendo mi auto junto a una completa desconocida y su hermanito. Sonaba una de mis canciones favoritas y lo único que quería era tomarla de la mano para cantar

con ella, pero no me atreví.

Estacioné el Civic afuera de un portón enorme en la colonia Del Valle y me bajé para ayudarle al enano con su mochila de carrito que parecía un costal de piedras; curiosamente era del América. Al dejarlos en la entrada decidí pedirle su teléfono con el pretexto de que llevaría el vestido a la tintorería. Aunque andaba con el dinero justo, era mi oportunidad para verla de nuevo. Accedió sin problema y me pidió que pasara por él al siguiente día.

—¿Cómo te guardo? —le pregunté para saber su nombre.

—Guárdame como Fernanda la del café, para que te acuerdes del que me tiraste —me respondió, cerró la puerta de su casa y me quedé pensativo unos minutos, recargado en el cofre de mi auto.

Todo el resto del día estuve pensando en ella, en sus pecas y en la forma en que se enrollaba los chinos mientras me contaba lo mal que le estaba yendo. Llegué a mi depa en la colonia Roma y lo primero que hice fue llamarle a Sebastián, mi mejor amigo, para contarle lo que me acababa de pasar; además, aproveché para cobrarle la apuesta que habíamos hecho unas semanas atrás. Él siempre ha sido rayado y apostamos sobre qué equipo sería campeón, obviamente ganó el América. Le conté todo sobre Fernanda y sobre el enano americanista. También le pedí que me recomendara la mejor tintorería pues siempre anda bien catrín. Tanto, que le gusta mandar a hacer sus zapatos con un viejito en la colonia Juárez.

—A ver hermano, sin ser aguafiestas, ¿ya terminaste con Pamela?
—me interrumpió.

—¿Para qué? Ni siquiera andamos —le respondí.

—Pero la buscas cada que traes ganas. Llevas así medio año.

—Por eso, no es mi novia. Tendrá que entenderlo con el tiempo, además ni sé qué onda con Fernanda. Me encantó, canijo. A ella sí le pido matrimonio y le hago dos hijos.

—Cállate, tú ni crees en el matrimonio. Además, seguro es católica como todas las viejas de este país. A ver, ¿te vas a casar por la iglesia? ¿Tú, el *no tengo religión y soy apartidista*?

—Ya mejor cámbiate, paso por ti en una hora. Vamos al bar de Hookah's que está por tu casa —le dije para poder colgar el teléfono.

Sebas vive con sus padres en Satélite, un lugar a las afueras de la ciudad. Es más grande que yo, sin embargo, sus papás le siguen pagando las tarjetas de crédito; por eso, cuando salimos de fiesta, a veces paga toda la cuenta. Yo vivo en la Roma, pero siempre voy por él hasta allá. Le da miedo

manejar, pues cuando iba en la preparatoria atropelló al bulldog de su vecina y desde entonces ni su propia vida maneja.

Somos similares en muchos sentidos, menos en el lo laboral. Él trabaja en la oficina de su abuelo de lunes a jueves. “Martínez & Fernández” es el nombre del despacho contable en el que lavan dinero de varios políticos. El cabrón lleva todos los registros y siempre que se pone pedo me cuenta cómo mueven el dinero. Resulta que en México hay otro partido político, le llaman el partido del dinero. Ahí no importa qué ideología tengas, izquierda y derecha se funden en la misma corriente, la de hacer crecer las cuentas en Suiza.

En el camino a Satélite puse un disco de los Deftones, tenía años sin escucharlos, fue casualidad que sonaran cuando se subió Fernanda, pues me había equivocado de playlist con lo nervioso que estaba. Al llegar por Sebas, me recibió con una sonrisa, un abrazo y una tacha. Todo el dinero que le sobra lo usa para comprarle drogas a un cholo que le dicen el Murciélagu.

Lo primero que hizo al subirse fue criticar el Civic. Tiene la mala costumbre de recordarme que, aun sin conducir, puede comprarse un Mercedes del año. Creo que nunca lo hace con mala intención, más bien es su forma de hacerme ver que puedo superarme; yo que sé, a mí me fascina mi auto viejo.

A cualquier bar o antro que vamos lo reciben mejor que al hijo del dueño, apellidarse Martínez en esta zona de la ciudad es algo más que buena suerte. A mí me quieren los meseros, pues al final, cuando Sebas está muy borracho, le saco más dinero para la propina.

Esa noche, el ambiente del lugar se sentía diferente, había guardaespaldas en la entrada y otros en la terraza; por lo regular nunca hay seguridad privada. Nos valió madre y, como siempre, pedimos la mejor mesa. Desde hace un par de años tenemos un ritual que bautizamos como El Infalible, es de las cosas más estúpidas que hacemos, pero de vez en cuando funciona.

El primer paso es pedir una botella de tequila “1800 añejo cristalino”. El segundo es mandar al mesero a buscar una mesa de mujeres solas; siempre hay. El tercer paso es el más importante, una vez ubicada la mesa de bellas damas les mandamos una ronda de shots. A veces responden con un “salud” a la distancia y otras veces nos mandan al carajo; esa es nuestra señal. A esa mesa de apretadas, les mandamos otras dos rondas, pero esta vez es el gerente quien se los entrega y les dice que son cortesía de la casa; de la casa de Sebastián porque él firma todo. La cuarta parte de El Infalible es ordenar la segunda botella de tequila y enviar dos rondas más de shots a la misma mesa, por irónico que parezca, el 95% de las ocasiones todas se los tomaban. En

este país la palabra “gratis” hace magia.

El quinto y último paso es para mí el más difícil, pues nuestro mesero debe sacar una moneda y lanzar la suerte de la noche al aire. El que pierde el volado tiene que ir a la mesa marcada y sacarle plática a la que se deje. Sebas aplica la de confundirlas con alguien más y empezar a decir tonterías, por lo regular funciona. Yo nunca he sido bueno para el primer acercamiento, soy más de continuar la plática, hacer bromas sobre un tema previamente expuesto y excepcional a la hora de las imitaciones, en especial si hablamos de famosos. Como era de esperarse, perdí el volado.

Me acerqué con el pretexto de hacerles una encuesta para mi trabajo final de economía, les pedí su opinión sobre la nueva mega obra del gobierno. Las damas se rieron de mí y conmigo cuando fui yo quien comenzó a cagarse de la risa con lo tonto de mi pregunta; traía bastante alcohol encima, así que dejé de improvisar y les dije que deseábamos conocerlas a pesar de que nos habían rechazado los shots.

Pasaron dos minutos cuando ya me estaban rodeando los guarros que estaban en la terraza.

—¿Todo bien señorita? —le preguntaron a una de ellas.

—Sí, aquí el joven y su amigo se pueden acercar —respondió.

Fue lo único que se me ocurrió, al momento de perder el volado tienes que ir directo a la mesa y el pretexto para acercarte debe ser algo muy natural o de lo contrario no funciona. Ambos sonreíamos porque El Infalible, una vez más, había funcionado.

Aunque en esta ocasión, para mí fue diferente, por un lado escuchaba la plática fresca de toda la mesa, universidades caras, viajes culturales a París y compras en Nueva York. Me sentí mal por estarlas engañando, tenía ganas de salir corriendo, llegar a casa de Fernanda, besarla toda la noche y jugar un rato con el enano. Así que hice lo que cualquier romántico de mi generación haría: mandarle un WhatsApp.

—Hola Fernanda, soy Pato, el que te tiró el café en la tarde —Le escribí.

—Hola, Pato. ¿Qué onda, todo bien? —me respondió.

—Sí, perdón que te moleste a esta hora. ¿Ya estabas dormida?

—Estoy planchando el uniforme de mi hermano, el lunes tiene acto cívico y va de gala. ¿Cómo estás?

—Un poco borracho, quiero disculparme otra vez por lo que pasó. En serio fue sin querer.

—Ni te preocupes, ya pasó. Además, te salvaste sólo porque te gustan los Deftones; de lo contrario, ni mi teléfono te hubiera dado.

—Amé escuchar *No Ordinary Love*, yo pensé que ya a nadie le gustaba. Oye, qué chingón lo que estás haciendo por ese enano, eres un ejemplo a seguir.

—¿Cuántas copas llevas? —me preguntó.

—Ya vamos en la segunda botella, pero estamos tranquilos.

—¿Vas a manejar así? Mejor pide un Uber o vete con mucho cuidado. Tienes que venir por el vestido.

—Soy medio torpe para caminar, pero si quedo en algo, cumplo. Mañana estoy ahí a medio día.

—Vete con cuidado. Buenas noches.

—Buenas noches Fernanda la del café, descansa.

Al terminar mi breve plática, interrumpí la velada romántica con nuestras nuevas amigas del ITAM, me puse de pie les di las gracias y huimos. Nunca me había pasado algo así después de realizar El Infalible, pues a pesar de que la más guapa me aventó flores toda la noche, yo sólo podía pensar en Fernanda.

Al día siguiente se me hizo tarde para ir por el vestido, casi no traía gasolina y la llanta del Civic estaba muy baja. Me sentía crudísimo, en el asiento de atrás había una botella de tequila casi vacía, una caja de condones que ninguno pudo usar y la corbata del mesero. Tuve que mandar a Sebastián en Uber a su casa, pobre, le salió cara la peda y ni siquiera se agarró a alguien.

Esas veces en las que yo tampoco ligaba, siempre le marcaba a Pamela y quedábamos de vernos en mi depa o en algún hotel que ella pagaba. Sin saberme su apellido, llevábamos medio año haciendo lo mismo. Ayer ni siquiera pude llamarle, pensé que de alguna manera le sería infiel a lo que empezaba a sentir por Fernanda.

—Apesta a alcohol, se ve que estuvo buena la fiesta —me dijo cuando llegué por el vestido.

—Perdón, vine lo más rápido que pude —le respondí.

—Cada que te veo o hablo contigo te disculpas por algo.

—Uy, imagínate cuando ya salgamos.

—¿¡Salgamos?! —exclamó.

—Ah, o sea, es que quería invitarte hoy en la noche a una fiesta.

—Me encantaría, pero mi hermano va mañana al fútbol y debo

llevarlo.

—¿Dónde juega?

—En la escuela del América.

—Mira, hagamos esto. Vamos un rato, te regreso temprano y si quieres, yo lo llevo mañana para que tú descanses. Ya sabes que soy águila. Yo también jugué ahí cuando era pequeño. Me encantaría regresar aunque sea un día.

—De hecho me preguntó por ti. Dice que si le vas a enseñar tu balón.

—Mañana temprano me lo traigo, ¿cómo ves?

—¿Y si llegas pedo como hoy? —me preguntó.

—Cuando salgamos de la fiesta te traigo y después me voy a dormir para estar mañana a la hora que me digas.

—El juego es a las nueve de la mañana.

—Perfecto, aquí me tendrás a las ocho. Lo prometo.

—Estás loco, pero bueno, vamos un rato, ¿pasas por mí en la noche?

¿Quién iba a decir que tirar un café me saldría en 350 pesos? En la tintorería me cobraron extra el servicio exprés. Después de pasar por el vestido, aproveché para llevar a lavar el Civic, algo que no había hecho en los últimos tres meses.

Llegando al depa me bañé, descansé un rato y a la hora de arreglarme para la fiesta desempolvé una camisa vieja, busqué los mejores zapatos que tengo e intenté llamar a Sebas para ver qué regalo comprarle a Fernanda, pero el cabrón seguía crudo y no contestó el teléfono. Decidí ir con las manos vacías, no quise verme tan intenso.

Quedé perplejo cuando la vi salir, traía un vestido azul de flores, chamarra de mezclilla, botas negras y los chinos algo esponjados. Me bajé del auto que, por primera vez en todo el año, olía a desodorante barato y le abrí la puerta. *Cuidado y se te cae un chupe en el vestido, eh*, me amenazó con tono de burla antes de subirse.

Me sentí raro al salir sin Sebas, ya que llevamos un tiempo destruyéndonos juntos; además, cuando voy con él, todo me sale más barato. Esta vez era diferente, además de haber planchado mi camisa y boleado mis zapatos, iba acompañado a una fiesta de la mujer más hermosa que podía imaginar; el Civic estaba reluciente y me había peinado. Si mi madre pudiera verme, estaría orgullosa.

Por primera vez en mucho tiempo no estaba tan ebrio ni me había metido nada. Tal vez fue por miedo a que Fernanda pensara mal de mí, o

simplemente estaba disfrutando de su compañía sin la necesidad de hacer pendejadas, como era costumbre. Aún seguía sin trabajo y ya me había gastado casi todo en la tintorería, pero valió la pena darle una propina al DJ de la fiesta para que pusiera *Be Quiet and Drive* de los Deftones.

Se desconectó, era la reina de la pista, cantaba y bailaba viendo al cielo, parecía que estaba dando un concierto frente a cientos de personas. Agitaba los chinos al ritmo de una canción que casi nadie conocía, algunos seguían el ritmo y otros cuantos nos veían feo. Para ella fueron cinco minutos excepcionales, pude verla fundiéndose con la música. Me abrazó, y como si ya lo hubiéramos hecho antes, nos besamos. Se detuvo el tiempo, todavía recuerdo con exactitud la parte de la canción que sonaba de fondo, el olor de sus labios y el sabor a ron barato de su lengua. Fue un momento mágico.

Mientras bailaba con Fernanda, sentí que alguien me tocó la espalda de una manera brusca. Era Pamela y estaba encabronada pues ese fin no la busqué, de hecho fue coincidencia encontrarla ahí. Nunca vamos a las mismas fiestas.

Jamás imaginé que algo así pasaría; dentro de los escenarios que cruzaron por mi cabeza, en ninguno veía a Pamela, mucho menos poniéndose celosa e interrumpiendo mi primera cita con Fernanda.

—¿Por qué no me has hablado? ¿Ya me cambiaste por esta? —gritó Pamela mientras derramaba un poco de su cuba en mis zapatos.

—Hola, Pamela. Mira, ya estás tomada y vengo acompañado. Si quieres hablamos otro día —le respondí.

—¿De qué hablas? Nosotros sólo vamos a moteles de paso cuando traes ganas.

Estaba histérico, quería meterme debajo de la tierra, dispararle con una bazuca en la cabeza y simular que nada de eso estaba pasando. Mi sorpresa fue mayor cuando Fernanda, en vez de molestarse, tomó mi mano y me llevó al centro de la pista. Sin decir una palabra dejó a Pamela hablando sola y continuamos bailando.

—Neta perdón, esa vieja está loca —le dije al oído mientras tomaba su cintura.

—Ya ves, siempre me pides perdón por algo. ¿Así hablarás de mí cuando dejemos de vernos? —me preguntó.

—Para nada. De ti sólo podría decir buenas palabras. ¿Eso quiere decir que seguiremos viéndonos?

—Ven, vamos por la última. Tú pides un suero porque vas a manejar.

Ya en el Civic chequé mi celular, tenía cuatro llamadas perdidas de Sebas. Ha de ser un récord porque él nunca llama más de dos veces. En todos los años que llevo de conocerlo, es la primera vez que sucede. Seguro puede esperar; por el momento, lo único que me importa viene a mi lado, pensé. Al arrancar el auto comenzó a sonar *Almendra* de Rubén González, mi mayor gusto culposo. Intenté cambiarla pero me pidió que la dejara.

—Esa canción era la favorita de mi mamá —me dijo— Se pegó a la ventana, miró las estrellas y guardó silencio.

Una vez más era la música lo que nos unía. De pequeño solía escuchar a Rubén junto con mi mamá mientras hacía la comida. Cuando decidió irse a trabajar al otro lado comencé a disfrutar aún más sus canciones, pues me recordaban el olor y hasta el sabor de cada uno de sus guisos. *Mandinga* era su favorita, cuando llego a escucharla se me salen las lágrimas. Pensé en contarle sobre mi madre, sin embargo, debido a su situación, guardé silencio.

En la puerta de su casa, pensé muchas cosas ¿debía besarla de nuevo o darle espacio para quedar como un caballero? Estaba más nervioso que nunca, lo único que se me ocurrió fue correr a la cajuela del auto para sacar su vestido y recomendarle el servicio exprés de la tintorería. Sonrió, lo tomó y se puso de puntas para besarme la frente. Por un momento me quedé frío, esto era lo más real que me había sucedido en años. Se me erizó la piel al recibir el beso y la abracé.

El despertador sonó a las 7:30 de la mañana, no recuerdo el último domingo que desperté tan temprano, pero debía estar a tiempo por el enano y así lo hice. Al llegar a su casa, Fernanda estaba hablando con él en la puerta, se notaba algo seria, así que preferí omitir el tema. El enano se subió al auto con el número 10 en la espalda y ella se despidió de mí con una sonrisa.

—Órale, eres delantero —le dije.

No se inmutó ni respondió nada, simplemente preguntó por el balón autografiado que tanto le había presumido. Se me había olvidado llevarlo, apenas si pude dormir cuatro horas por estar pensando en su hermana toda la noche. Le cambié el tema y empezamos a platicar sobre el campeonato del América; para tener ocho años, está más informado que yo en temas futbolísticos. Confesó que algún día le pediría un autógrafo, pues está decidido a triunfar como el diez nacional.

Tenía muchos años sin pararme en los campos del América, ni siquiera recordaba cómo llegar exactamente, pues era mi padre quien me llevaba. Fue

increíble recordar momentos que viví ahí, tanto así que lo dejé en manos de su entrenador y fui a vagar por las instalaciones.

Cuando era niño soñaba con ser futbolista. En México, siete de cada diez niños sueñan con jugar en el Estadio Azteca, es algo con lo que se nace. Las retas en la calle con porterías hechas de piedra, las retas en la escuela con porterías hechas de mochilas, los pantalones rotos por tirarte al piso y salvar a tu equipo; tantas horas intentando meter goles. El futbol es parte de nuestra cultura, sin importar el equipo que lleves en la sangre, cuando juega la selección, todos somos uno.

Once mexicanos unidos en una cancha son capaces de hacer soñar a millones, sin importar el estatus económico. Cuando la selección le gana a una potencia mundial, todos gritamos y saltamos de alegría. Así se crece en México, viendo a esta especie de guerreros luchando en la cancha, se llora, se ríe, se vive como si estuvieras ahí. Más allá de un nacionalismo exacerbado, es un tema de unión y convivencia. Crecí con todo esto, así que desde pequeño soñaba con ser futbolista, pero las probabilidades eran muy pocas, en especial, por razones que nada tienen que ver con la esencia de este deporte callejero.

En México, para llegar a defender sus colores y ser parte de esos once seleccionados se necesita más que amor a la camiseta y buenas condiciones. Ojalá todo fuera tan fácil como eso, seríamos un país exportador de futbolistas y no a cuentagotas como hoy en día. Aquí necesitas contactos, conocer a la persona indicada para llegar a esa elite, y bueno, todo esto pudiera sonar muy sencillo, pero falta un pequeño ingrediente: dinero.

Como en muchos aspectos de nuestra vida diaria, se necesita dinero para comprar el uniforme adecuado, tampoco basta con pagar la colegiatura en alguna escuela de futbol; eso lo puede hacer cualquiera. Se necesita esta mágica combinación, este dúo perfecto: contactos y dinero.

Muchos de los futbolistas que vemos cada semana en la televisión, sin tener las habilidades necesarias están ahí porque cumplieron con los requisitos que pueden más que el sueño de cualquier niño. Hay jóvenes muy talentosos persiguiendo ese sueño que no reciben oportunidades, o más bien, no conocen a alguien que los pueda ayudar a comprarlas. Es triste, pero es real, el negocio del futbol genera muchos recursos ajenos al deporte. Cuando eres pequeño lo ves como un hermoso sueño.

Así, con el paso del tiempo te vuelves un fanático más, le gritas a tu televisión todos los fines de semana desde el sillón. De vez en cuando vas al

estadio, apoyas a tu selección y conforme creces, te das cuenta que unos cuantos de esos guerreros se convirtieron en farsantes que, más que luchar, se dedican a cobrar exorbitantes cantidades de dinero, salir en revistas, vender publicidad y dedicarse a todo, menos al equipo con el que todos amamos. Esos ídolos se volvieron estrellas de telenovelas, venden calzones y firman autógrafos en inauguraciones de restaurantes. Esos tipos que te hacían emocionarte durante noventa minutos, se transformaron en la crítica de la mesa: ¿quién gana más millones por año?, ¿quién salió con un escándalo de embarazo?

Al igual que el enano, ese fue mi sueño durante muchos años. Yo era arquero, y de los buenos. Pasé todos los domingos durante doce años defendiendo mi portería de los embates enemigos, por lo regular ganábamos, mi padre que podía me ayudaba a practicar algunos lances y me enseñaba videos viejos de porteros que hacían malabares con las piernas.

Fue hasta que le pidieron cien mil pesos para probarme en las fuerzas básicas que decidió sacarme del América. Lloré tres días seguidos porque no volvería a ver a los hermanos González, con los que crecí; ni a don Toño, el viejito que me vendía las papas después de cada partido. En ese momento no entendía nada sobre corrupción, pensé que mi padre se había cansado de levantarse temprano e ir por mí todos los domingos. Le recriminé durante mucho tiempo por haber destruido mi gran sueño, hasta que años más tarde decidió contarme sobre la mordida que le habían pedido. Me dijo con tristeza que en esa época le era imposible pagar aquella cantidad de dinero y me pidió una disculpa.

Al terminar el partido del enano, decidí recrear uno de los ritos más sagrados que tenía con mi padre. Los tacos después de sudar la camiseta más hermosa del país, la del América.

—Hoy vas a conocer “Los Güeros”, mi papá me llevaba después de cada juego. Te van a encantar —le dije al enano después de felicitarlo por su gol.

—No me caes bien, ni te conozco —me respondió con tono de tristeza.

—Yo sé que todavía no me conoces, pero soy buena onda y eso es lo que importa. Aparte los dos le vamos al mejor equipo, podríamos ir al juego del Ame la próxima semana, ¿qué dices?

—El último novio de mi hermana hizo lo mismo, hasta que dejó de ir a jugar conmigo.

—Lo bueno es que yo sólo soy su amigo.

—¿Y de qué son los tacos? —interrumpió el enano.

—Son de carnitas, ¿quieres ir?

—Bueno, pero me prestas tu balón.

—Te lo prometo.

Luego de seis tacos y un jugo de naranja lo llevé a su casa. Tenía ganas de ver a Fernanda; abrazarla, y quizás estar un rato compartiendo con ella. Mi sorpresa fue brutal cuando el enano se bajó del Civic, sacó sus llaves, entró al portón y ni siquiera dijo adiós. Llamé a Fernanda para avisarle que habíamos llegado, sin embargo entró directamente al buzón.

En el camino de regreso al depa me invadió una extraña melancolía, ideas, dudas y más cuestionamientos. ¿Estaba Fernanda con alguien más? ¿Algún día volvería a verla? Intenté llamar una vez más, fue inútil; pasé de la duda a la preocupación. ¿Estará bien? ¿Le habrá pasado algo? Una semana antes ni siquiera la conocía. ¿Cómo era posible que me sintiera de esa forma?

Le mandé algunas notas de voz a Sebas, quien por fin había resucitado, estaba crudeando con su vecino y, por primera vez, le oculté algo a mi mejor amigo. Omití todo lo relacionado al extraño día que tuve. Al terminar nuestra plática sin sentido, descansé el resto de la tarde.

Llegada la noche, intenté enviarle un mensaje a Fer ya que nunca respondió mi llamada, pensé que tal vez había hecho algo mal el día anterior. Después de una larga lucha interna, opté por no hacerlo. Sin embargo, recibí una llamada de un número privado. Decidí responder, ya que en ocasiones mi madre llama de números raros. Para mi gran sorpresa, era Fer.

—Hola, Pato. Perdón por llamarte tan tarde pero te quería dar las gracias por lo de hoy —me dijo en voz baja.

—¿Estás bien? Te llamé varias veces en la tarde —le pregunté.

—Sí, todo bien, gracias. He andado muy ocupada reuniendo algunos papeles.

—Gracias a ti por dejarme convivir con él. La próxima semana iremos al Estadio Azteca; si le das permiso, claro. ¿Quieres ir con nosotros?

—Tal vez los acompañe. Por ahora quiero descansar, mañana me darán respuesta de la entrevista a la que fui el viernes.

—Que tengas linda noche y mucha suerte.

Ya se me había olvidado por completo que yo esperaba la misma llamada. Por un lado estaba emocionado ya que sería mi primer trabajo bien pagado y en una empresa decente.

A las 10:00 am del siguiente día sonó mi celular.

—¡Queremos felicitarte! Has sido elegido y nos encantaría verte para continuar el proceso de contratación —me dijo la asistente.

—Híjole, qué crees, por el momento no tomaré el puesto, surgió un imprevisto, pero muchas gracias —le respondí.

—¿Pero, cómo? Has sido seleccionado de entre varios candidatos.

—Como lo oyes, muchas gracias.

Apenas colgué el teléfono comenzó a temblarme la mano y permanecí pasmado durante unos minutos. Me estaba cagando de miedo. Acababa de rechazar una gran oportunidad para mi desarrollo profesional. Era absurdo comparar mis gastos con los de Fernanda, pero con esto la probabilidad de que ella recibiera el empleo aumentaría un poco. Al menos eso esperaba.

Traté de engañarme con el pretexto de que el trabajo ideal para mí era otro, pues estaba lejos de mi casa, iba a gastar mucha gasolina y no estaba listo para esa responsabilidad.

Por otro lado me daban ganas de tener un ingreso fijo para así llevar al enano a los partidos de América o para invitarle una borrachera a Sebas. También quería que mi mamá disfrutara sus dólares; así, con un empleo, podría mandarme menos de lo que acostumbraba, ya que después de graduarme, mi madre recibió una oferta de trabajo del otro lado. Trató de convencerme de que allá conseguiría mejores oportunidades. Dijo incluso que una maestría en el extranjero me abriría las puertas en el mundo corporativo.

A mí sólo me interesaba abrirle las piernas a Daniela, la adjunta de mi director de tesis. El mundo corporativo estaba lejos de mi mente. Yo deseaba irme a los bares de la Condesa a bailar sin preocuparme por la hora, y mucho menos por la cuenta.

Fueron varios meses los que insistió mi mamá; de hecho, por un momento, consideré su propuesta. Me imaginé viviendo lejos de mis tradiciones y en especial de mis amigos. Así que mi respuesta fue rotunda.

—Yo cuido el depa, má, tú vete tranquila. Te voy a extrañar muchísimo —le dije con voz cortada.

Nunca he sido tan aprensivo, o al menos eso creo, además, este país tiene muchísimas oportunidades, el chiste es buscarlas. Fernanda tiene un hermano a quién mantener y nadie la apoya como a mí, que hasta las pedas me pagan. Sea lo que sea, ya estaba hecho.

Tenía muchas ganas de llamarla para preguntarle cómo estaba y para saber si le habían dado el empleo que tanto deseaba. Volteaba al celular para

chechar si había un mensaje suyo, y nada.

Pasé tres días sin saber algo sobre ella, comencé a pensar que todo estaba perdido, cuando de pronto sonó mi teléfono: era Fernanda. Me saludó como si nada, como si abandonarme durante tres días fuera cualquier cosa. Para mí era complicado no saber qué pasaba en su vida o cómo estaba su hermano, pero sobre todo, me intrigaba el tema del empleo.

—¡Hola, Pato! ¿Cómo estás? —me dijo.

—¿Qué onda, bien y tú? —le respondí con tono cortante.

—Qué seco. ¿Qué pasa, todo bien? ¿Estás ocupado?

—Para nada —le dije de manera más cortante.

¿Ocupado? Estaba muerto de ganas por saber algo sobre ella y lo único que pude hacer fue portarme indiferente, como si eso me ayudara en la cruzada que estaba llevando a cabo para conquistarla. Nunca aprendí cómo tratar a una mujer, nadie me enseñó. Mi madre siempre decía que debía tratarlas como princesas, que debía ser educado, pero eso es inservible cuando la mujer que tanto deseas se desaparece durante días sin dar señales de vida.

De nada sirve ser caballeroso cuando eres tratado con indiferencia. En el fondo quería saber el porqué de su distanciamiento, pero no me atreví a preguntar. ¿Qué diría de mí? Tan sólo tres días y ya estaba histérico.

—Si quieres mejor te marco luego —me dijo en tono de burla.

—¿Cómo está el enano? —le pregunté para cambiar de tema.

—Muy bien, preguntó por ti. Le dije que seguro estabas ocupado tirando cafés. Quiere saber si lo vas a llevar al estadio.

—¡Sí! Le prometí que el domingo iríamos. ¿Quieres ir con nosotros? —le pregunté con voz cortada.

—Estaría increíble, pero ¿qué crees? Sí me dieron el puesto, ¡ya soy ejecutiva de cuentas! Empiezo el próximo lunes, así que debo descansar.

—¡A huevo! —grité con ahínco.

—¿Qué te pasa? —me preguntó asustada.

—Nada, perdón, es que estoy jugando Fifa online y metí gol —le dije para ocultar la emoción que me dio escuchar la noticia. Rechazar el empleo había funcionado, ¡la seleccionaron a ella!

—¡Ya tengo trabajo! Por eso estuve ocupada y no te había buscado.

—Sabía que andabas ocupada. ¿Te dije que el enano se comió seis tacos el domingo pasado? Dice que no le caigo bien.

—Así es, le cuesta encariñarse.

—Sí, me contó que eso le pasó con tu ex, pero bueno, nosotros somos solamente amigos. ¿Qué más da?

—¿Cómo se atreve a hablarte de eso? —respondió molesta.

—Ups, mejor ni le digas nada, si no me odiará más. Oye, felicidades por tu nuevo empleo, de verdad te lo mereces.

—Gracias, Pato. ¿Puedes creer que me eligieron entre más de treinta aspirantes? ¡Fui la mejor!

—¿Fueron tantos? Qué buena onda, Fer. En serio, felicidades.

—Tengo que irme, pero prometo estar al pendiente. Descansa.

—Buenas noches, Fernanda la del café.

Poco a poco nuestra relación comenzó a tomar un camino distinto, más maduro y con más pasión. Nos veíamos una o dos veces a la semana para cenar en restaurantes de la colonia Roma, otras veces íbamos a Polanco. Siempre poníamos de nuestra parte para pasar una noche increíble. Platicábamos sobre infinidad de cosas, me contaba sobre la oficina y yo le presumía algo de mi última entrevista de trabajo. Cenábamos, tomábamos un par de tragos y casi siempre ella pagaba la cuenta. No me gustaba, pero fue idea suya debido a mi falta de ingresos.

—Ya te tocará mantenerme —me decía mientras firmaba.

Siempre se veía increíble, usaba traje sastre y cambiaba de peinado constantemente. Yo me afeitaba y usaba mis mejores camisas. Todo marchaba mejor que nunca. En el camino a su casa poníamos la playlist que juntos habíamos armado y cantábamos algunas canciones. Para mí, la mejor parte de la noche era dejarla en la puerta de su casa, besarla, abrazarla y recordarle al oído cuanto la quería, desearle buenas noches e irme a mi depa con una sonrisa de oreja a oreja.

Así pasamos dos meses hasta que decidió invitarme a la primera comida familiar. Iban sus abuelos y dos tíos. De cierta forma era mi presentación en sociedad. Estuve a punto de cancelarle dos horas antes por el terror que me daba conocer a sus abuelos. Nunca había estado en una relación tan seria y me daba pavor arruinar el evento.

Fui el primero en llegar a la comida, me gasté lo poco que me quedaba de mi semana en un vino que me recomendó Sebas. Según él, es la mejor carta de presentación que existe. La ocasión valía la pena. Cuando llegué me recibió con un abrazo enorme, tomó mi mano y me llevó al Civic. Por un momento me desconcertó. Me pidió que la escuchara y que por favor no la interrumpiera

pues tenía algo importante que decirme.

—Antes que nada quiero que sepas algo. Estos últimos meses he sido muy feliz a tu lado, desde el primer día que me tiraste el café, hasta ahorita que llegas con un buen vino. Eres la mejor persona que he conocido.

—Me estás espantando, Fer. ¿Qué pasa? ¿Quieres que me vaya?

—Al contrario, quiero que te quedes a esta y a muchas más.

—¿Entonces? ¿Qué te pasa?

—No sé en qué estaba pensando, pero las cosas se fueron dando así y, cuando menos me di cuenta, ya sentía algo por ti. De verdad entenderé cualquier decisión que quieras tomar.

—Fernanda, ya dime qué onda —la interrumpí.

—No me llamo Fernanda. Me llamo Elisa.

—¿Qué? ¿De qué carajo hablas?

—Sí, Pato. Mi nombre es Elisa. No sé si recuerdes, pero te conocí en un Starbucks. Cómo te iba a dar mi verdadero nombre. No sabía quién chingados eras. Debí decírtelo antes, pero una cosa llevó a la otra. Cuando quise decirte me dio miedo que te fueras a enojar.

—Llevamos dos meses saliendo ¡no mames!

—Esa nunca fue mi intención, lo que menos quise fue engañarte. Yo pensé que jamás volvería a verte, por eso inventé aquel nombre. Por favor guarda silencio que vienen llegando mis tíos, ahorita seguimos.

Nos interrumpieron dos gordos canosos que venían llegando con cartones de cerveza y una bolsa de hielos. El primero, con camisa de cuadros, pantalón de mezclilla entubado y una barba como de seis meses sin afeitarse me dio una palmada en la espalda y me cargó como si fuera su mejor amigo.

Por dentro estaba que me llevaba la chingada. Tenía ganas de llorar y de salir corriendo. Tanta impotencia me había provocado un tic nervioso en el ojo, parecía robot descompuesto. Me sentía estúpido por haberme enamorado de una mentira.

—¡Elisa!, ¿cómo estás, mi amor? Seguro este es el famoso Patito, ¿verdad? —preguntó el segundo tío.

—Hola tío, así es. Les presento a Patricio, mi novio —respondió.

—¿Novio? Yo pensé que sólo estaban saliendo. Te lo tenías bien guardado, eh sobrina.

—Pues ya ve cómo se dan las cosas, un día crees conocer a alguien y al otro no sabes dónde estás parado —los interrumpí con la primera estupidez que salió de mi boca.

—Tienes razón. ¿Te puedo llamar Pato? —me preguntó el tío de la barba.

—Claro, llámeme como guste, el nombre está muy sobrevalorado. Ya sea por los apodos o por la gente que se cambia el nombre.

—Qué exagerado eres mi Pato. Ándale, mejor ayúdame con estas chelas que todavía hay que enfriarlas.

No me quedó de otra, tuve que entrar. Lo primero que hice fue saludar al enano, pero Fernanda insistió en presentarme a su abuela, tal vez para doblegarme, pero funcionó. La saludé como si nada hubiera pasado.

—Patricio, por fin te conozco —me dijo—, mi Eli habla mucho de ti. Todo el tiempo me platica lo bien que la tratas y soy feliz de verla sonriendo cuando le entra una de tus llamadas. Gracias por devolverle el brillo a los ojos, por hacerla creer que el amor existe. Por favor abre una cerveza y disfruta la comida. Preparamos un par de cosas que te gustan.

—Muchas gracias, señora —le respondí—, el gusto es mío. Me halaga con sus comentarios y de verdad agradezco el recibimiento.

Mientras Fernanda le platicaba a su familia lo agradecida que estaba por haberme conocido el día en que derramé café sobre su vestido, yo quería gritarle que la odiaba tanto en ese momento. Quería levantarme de la silla, dejar mi cerveza y salir corriendo, pero todos me felicitaron y como la persona educada que soy, reí con ellos y fingí cordura temporal. Fue al terminar la cuarta cerveza cuando decidí abrir mi gran boca.

—Querida novia, ahora que mencionas el día en que nos conocimos, quiero contarte una pequeña historia. ¿Recuerdas al gordo de la verruga que te entrevistó ese día? Su nombre era Ignacio. Esa mañana llevaba puesta una camisa a cuadros y usaba zapatos azules, había una taza de las chivas en su escritorio y dos fotos de su familia. ¿Sabes por qué lo sé? Porque a mí también me entrevistó, pero una hora antes. De hecho, al lunes siguiente me hablaron para contratarme y rechacé el puesto. No sé nada sobre el amor, pero dicen que las cosas pasan por algo. Sea como sea, lo rechacé para que tuvieras más posibilidades de ser tú la elegida y creo que funcionó. Me dio gusto ver lo feliz que estabas y todo lo que eso significó para ti. Nunca supiste que fuimos a la misma entrevista de trabajo, pero ahora que eres mi novia, debo ser honesto contigo y con toda tu familia. Sería horrible que más adelante saliera una sorpresa.

Fernanda se puso de pie y me pidió que la acompañara al baño; cuando de pronto, su tío el barbón, comenzó a aplaudir, corrió a abrazarme y gritó con

ahínco “¡Eso cabrón, aún existen los caballeros. Bienvenido a la familia, mi Pato!”. Los demás familiares se quedaron callados, pero pude sentir las miradas. Ninguno de ellos sabía que Fernanda llevaba dos meses ocultándome su verdadero nombre.

Me llevó hasta la entrada y, de pronto, como por arte de magia, todo estaba en mi contra. Comenzó reclamándome por estar borracho, incluso me amenazó con renunciar a su trabajo para que yo pudiera tenerlo y así dejara de ser el mantenido de Sebastián. Guardé silencio y traté de ser prudente aunque por dentro quería matarla.

—¿A eso viniste, a hacer un show frente a mi familia?! —me gritó mientras azotaba la puerta.

—A ver, Fernanda... —le respondí.

—¡No me digas así, me llamo Elisa! —me interrumpió.

—¿Acaso se te hace justo? Creí que teníamos algo real. Pensé que por fin había encontrado a la mujer de mis sueños. Acaso el enano es tu hermano ¿o lo rentaste? ¿Algo fue real?

—Patricio, no hagas esto más grande. Me equivoqué y te estoy pidiendo una disculpa de la única forma que puedo. Abriéndote las puertas de mi vida —me dijo con un tono más calmado.

—¿Sabes qué? Tal vez para ti esto sea algo sencillo, pero para mí no lo es. Rechacé aquel trabajo unos días después de haberte conocido. He tratado de ser la mejor versión de mi mismo. Dejé las drogas y ya ni veo a mi mejor amigo, FernandaElisa, o como sea que te llames.

—Yo sé que me equivoqué, pero eso no cambia en nada lo que siento por ti. Yo también me he encariñado contigo.

—¿Ahora vas a comparar cariño con amor?, no seas ridícula —la interrumpí para darme la vuelta y caminar hacia el Civic.

—Pato, plis no te vayas. Aunque sea espérate a que termine la comida.

—¿Quieres que me quede después de lo que me acabas de hacer? Estás loca, eres una pinche mentirosa.

Me subí al Civic y conduje sin rumbo hasta que la gasolina estaba por agotarse. Me detuve en lo que parecía ser un autolavado abandonado y ahí algo se rompió dentro de mí. No recuerdo exactamente el tiempo que pasé mirando a la nada, llorando y deseando que fuera un sueño.

2

—María Echeverría, amigo. ¿Quieres que te diga también mi edad? 32 años.

—Uf, perdón, como me preguntaste mi nombre, también quise conocer el tuyo.

—Tienes razón, discúlpame. Hoy amanecí de malas, pero para que veas, le voy a poner un shot extra a tu café, ¿te late?

—Órale, va.

—Perfecto, te entregan al final de la barra, que tengas lindo día.

—Gracias, y prometo no volver a preguntar tu nombre.

Pato se retiró riendo. Yo, en realidad no estaba de buenas; en otro momento hubiera reído también. No es la primera vez que me hacen ese tipo de comentarios.

La gente que viene aquí es rara, no sé si porque estamos en avenida Palmas, o porque les gusta tanto el café. De este lado del mostrador, me puedo dar cuenta de todo lo que sucede, creo que ya podría escribir un libro de historias sobre adictos al café.

Por ejemplo la de Pato, quien le tiró encima el café a una chava que llevaba horas aquí metida y terminaron yéndose juntos.

Cuando veo historias tan bonitas como esa, le digo a mi jefe que, como empresa, somos una experiencia única pues hemos crecido junto a una generación que nos toma en cuenta para disfrutar buenos momentos. A veces me toca atender al asistente de un importante empresario, él es súper lindo, pero su jefe lo trata pésimo.

Somos el centro de café que encuentras cerca, proyectamos seguridad y lo hacemos con amor. Al menos eso es lo que pienso y es también la razón por la que hoy cumplo cinco años trabajando aquí. Me gusta ser parte de cientos de historias que se viven día a día.

No todo es miel sobre hojuelas, también hay clientes muy groseros que ni siquiera me ven a los ojos por estar en el celular. A veces, tengo que atender oficinistas malhumorados que llevan prisa y me hablan de una forma horrible, pero eso no es todo, también aguanto las burlas de mis amigas: dicen que mi vida es tan monótona como mi uniforme, pues solamente cambia de color en temporada decembrina. Otra cosa importante es que la jornada

laboral no es tan pesada y me pagan muy bien. La verdad, me gusta mucho mi trabajo.

Al principio ocupaba casi todo mi dinero para pagar la mensualidad de mi auto, con el paso de los años mis gastos han ido disminuyendo y he podido ahorrar gran parte de mis ingresos. Deseo viajar algún día, mis amigas se la pasan subiendo historias de lugares increíbles a sus redes sociales, yo lo único que quiero es conocer Cancún, nunca he ido.

Como hoy es viernes de quincena y afortunadamente salgo temprano, puedo hacer algo divertido con mi vida. Ser tan dedicada y llevarme bien con el jefe de zona me ha permitido tener este horario. Lo malo es el terrible tránsito que hay por aquí a esta hora, por eso, antes de ir a mi casa, voy a pasar al *Sanborns* que está en la esquina para regalarme un collar de jade que vi hace tiempo.

Ya que ando por aquí, aprovecharé para acercarme al área de libros. Desde pequeña soy fanática de la literatura. Todas las tardes, cuando mis padres se iban a trabajar, me sentaba en la sala con Viki, mi hermana menor, y con Asun, nuestra nana; pasábamos horas leyendo. Desde entonces adquirí un gusto especial por descubrir distintos paisajes narrativos.

—Es de Héctor Estrada, si estás buscando algo que te saque de la rutina, *Abrázame cuando amanezca* es la opción. Diría que es un poco enfermizo, pero vale la pena darle una leída. Hola María, soy Lalo, ¿te acuerdas de mí? —me dijo un chavo de traje hecho a la medida y bastante guapo.

Quedé perpleja con la simplicidad, pero certeza, de aquel comentario. Aunque, definitivamente no me acordaba quién era ese tipo, le seguí la corriente.

—Hola, Lalo. Pues si está tan bueno, mejor cuéntame el final y así me lo ahorro —le respondí.

—Mejor te lo regalo.

—¿Para que me pidas algo a cambio o qué?

—Te vi allá atrás cuando compraste tu collar y recordé la hermosa sonrisa que tienes. Así te ponías en la secundaria cuando la maestra de historia te ponía diez en las tareas que yo te hacía.

—¿Eres ese Lalo? ¡No lo puedo creer! Años sin saber de ti.

—Veinte años para ser exactos, pero ni que los estuviera contando.

¿Eduardo el teto de la secundaria? Ni en un millón de años me habría

imaginado esto. Estaba súper cambiado, ya no traía brackets, ni ese acné asqueroso que le invadió los cachetes de un día para otro. Mis amigas jamás supieron que le hablaba a escondidas porque me hacía las tareas.

Me contó que estaba buscando un libro para regalarle a su madre e hizo un chiste sobre Donald Trump que no entendí. No sabía cómo comportarme, así que le di el avión.

—En un mundo paralelo te estoy invitando a cenar —me dijo.

—En un mundo paralelo estaría en la playa, surfeando —le respondí.

—En este mundo jamás te invitaría a salir.

—¿Tan fea estoy?

—¿Fea? Eres guapísima.

—¿Entonces por qué no me invitarías a salir?

—Porqué tendría que convencerte de que valgo la pena y qué flojera.

En el estante de libros pude ver uno al que siempre le echo una ojeada, lo tomé y se lo di. Este le va a gustar a tu mamá, le dije.

—Si me cambias el tema, menos me voy a callar, eh —me dijo con una sonrisa.

Luego de pagar los libros, comenzamos a caminar por toda la tienda, hasta que nos detuvimos en la parte de las pantallas donde recibí una llamada de mi hermana, quería invitarme a cenar. Le conté que estaba en plena cita, lo cual le sorprendió. *Oye Viki, recuerda que te amo y que estoy muy orgullosa de tener una hermanita tan hermosa como tú*, le dije. *Yo invito la siguiente semana, ¿te parece?* Lalo se puso blanco cuando escuchó la palabra “cita”, pero de inmediato se volteó y comenzó a caminar un poco.

Llegando al área de los perfumes le conté que cumplía cinco años trabajando en el Starbucks de avenida Palmas y que aunque ese no era mi sueño, lo hacía con mucho amor pues disfrutaba servir el café todos los días. Me respondió con un ¡eso debemos festejarlo! Yo no tenía ganas de nada más que de regresar a mi casa, ver la novela de las nueve y dormir. Su insistencia fue tal que terminó convenciéndome. Le dije que sí, pero con la condición de que festejáramos ahí mismo, en el *Sanborns*.

Me llevó al área de dulces donde agarró un puñado de chocolates, en seguida se acercó a los peluches, tomó un chango lleno de manchas y le pidió a la señorita que envolviera todo para regalo.

—¿No le ibas a regalar el libro a tu mamá? —le pregunté.

—Sí, esto es para ti, toma. Felices cinco años laborales.

Al tomar el regalo, recordé a mi ex novio Sebastián Martínez dándome

los mismos chocolates cuando me pedía perdón por alguna de sus embarradas. La peor de todas fue cuando organicé la fiesta del quince de septiembre en mi casa. Estaban mis padres y todos nuestros amigos en común, pero al cabrón se le hizo muy fácil emborracharse dos horas antes con sus amigos. Llegó a decirle de cosas a mi papá y terminé mandándolo a su casa en taxi.

Tanto tiempo juntos le hizo creer que su romanticismo psicótico era algo increíble. Siempre iba a mi casa, hasta cuando no quería verlo. Se la pasaba grabando discos llenos de música que yo no soportaba y sobre todo, ¡no me dejaba ser feliz! Me reclamaba por no avisarle dónde estaba, decía que nada me costaba enviarle un mensaje para que no se preocupara; lo que nunca entendió es que no me interesaba darle santo y seña de mi vida. Ni siquiera a mis padres les daba explicaciones en esa época, y eso que aún vivía con ellos.

Curiosamente terminé con él en una mesa del Starbucks, en el que ahora trabajo.

—¿Todo bien? —me preguntó Lalo.

—Sí, todo bien, ¿por? —le respondí.

—Es que te quedaste pasmada.

—No me hagas caso, luego se me va el avión. Es la edad.

El gesto fue hermoso, pero los malditos chocolates tenían que arruinar todo. En las películas siempre ocupan esa frase de: no eres tú, soy yo. Y vaya que es cierta, porque nada tenía que ver él con mi ex.

Decidimos ir al bar, donde me preguntó si era alérgica al chocolate o si les tenía miedo a los changos. Cambié el tema y preferí pedir una margarita, pero no me dejó. Volvió a preguntar, así que le expliqué que detestaba esos chocolates por culpa de mi ex, y él comenzó a reírse. Para nada me hizo gracia, de hecho fue molestó. No entendí el punto de invitarme a celebrar si se iba a estar burlando de mí.

Es increíble que te prohíbas disfrutar algo tan rico por una cuestión del pasado, me dijo, perdón por reírme, pero ¿qué te hicieron estos pobres chocolates?

No es que me hayan hecho algo, le dije, más bien detesto el recuerdo amargo que generan, pero gracias por el detalle. Por su cara de desconcierto, me animé a platicarle del día en que Sebastián llegó a mi casa en la mañana con un ramo de rosas y un poema en la mano, quizás uno de los más hermosos que haya leído y el único que me han dedicado...

—¿Lo puedo leer?, interrumpió Lalo. Lo tengo en mi Instagram, le dije, como un recordatorio de que no debo confiar en cualquiera. Abrí la *app* y fui a

la publicación:

Quédate cinco minutos, deja que se refleje el amanecer en tus pupilas. Quédate un día entero recostada en mi cama, sin preocuparte por la escuela o por lo que dirán tus amigas. Quédate cinco días envuelta en las sábanas grises que tanto me gustan, tomando cerveza fría y viendo un maratón de nuestra serie favorita. Quédate un mes entero, remodela la casa, pinta mi vida con tus colores y llena de texturas mis noches. Quédate otro año, deja que lleguen los problemas, toma mi mano, lucha conmigo y no nos dejes caer. Quédate una vida entera para ver cómo crecen nuestros hijos, para ver cómo la piel se hace vieja, pero nuestras almas permanecen como el primer día que decidiste quedarte cinco minutos.

Quédate, aunque sea en mi mente, pero quédate.

—Wow, hasta se me puso la piel chinita.

—Sí, lloré como Magdalena la primera vez que lo leí.

—¿Entonces cuál fue el problema? —me preguntó.

Continué contándole que ese mismo día, en la noche, fuimos a bailar a un antro en Polanco. Sebastián terminó borracho como siempre y peleándose con uno de sus amigos por la cuenta. “Por lo menos yo no reciclo poemas, pendejo”, fue la última frase de su amigo, antes de que le diera un puñetazo en la cara. Se hizo un zafarrancho con los tipos de seguridad que optaron por sacarnos.

—¿Qué fue eso del poema? —le pregunté afuera.

—Nada, no le hagas caso, ya está bien pedo.

—Ni porque es mi cumpleaños te puedes comportar, siempre es lo mismo. ¡Estoy harta!

—Putra madre, María. Me acabo de gastar cinco mil pesos en la cuenta y ya la vas a hacer de pedo.

—¿Hacer de pedo? Yo no te pedí nada, tú quisiste traerme aquí con tus amigos.

—¿Y las gorronas de tus primas qué? Se tragaron una botella entera y ni para la propina pusieron, no mames.

—Qué horror que te pongas así, neta.

—Yo me pongo como quiero, y si no te gusta, no sé qué chingados haces conmigo.

Después de todo lo que me dijo, no me quedó de otra más que sentarme

a llorar en la banqueta. En esa época, nada me afectaba tanto como el maltrato de Sebastián cuando estaba borracho. A veces, se ponía violento y aquella noche no fue la excepción. En cuanto llegó el chofer de su papá por nosotros, comenzó a jalarme hasta que me subió a la fuerza en la parte trasera. Ninguno de sus amigos se acercó para detenerlo; mis primas ya se habían ido. En el camino se puso a gritar como loco y me echó la culpa de todo, justo en mi cumpleaños.

Al otro día, en la noche, apareció afuera de mi casa como si nada hubiera pasado, adivina con qué, con estos benditos chocolates. Quedé curada de espanto, Lalo.

—¿Supiste qué quiso decir su amigo con lo del poema? —me preguntó mientras yo ordenaba otra margarita.

Sí. Unos meses después de tronar con él, busqué a su amigo para preguntarle. Me contó que ese poema lo usaba con sus ligues. A todas les dedicaba el mismo, nos dedicaba, más bien.

—Tu ex era una porquería. Los chocolates no —respondió.

—Oye, y a todo esto, ¿por qué te acercaste a mí? —le pregunté.

—Si te contara la verdad, no me creerías.

—¿Es por tus mundos paralelos?

—Ojalá fuera tan simple como eso.

—¿Entonces? Cuéntame. Los dos estamos siendo honestos, ¿no?

—Exacto, por eso me acerqué a ti. Tal vez no lo alcances a comprender, pero te estás permitiendo vivir una nueva experiencia.

—¿Y eso qué tiene que ver? En mi trabajo vivo experiencias nuevas todos los días.

—¿Todos los días te liberas un poco hablando de lo que pasó con tu ex? ¿Todos los días cambias tu rutina para hablar de tu nana?

—No, la verdad no, y te lo agradezco. Hace tiempo que no recordaba a mi Asun hermosa.

—¿Quieres saber algo más? —le pregunté.

—Sí. ¿Por qué decidiste dejarlo?

—¿En serio?

—Pues, si no te molesta, sí. Es que no entiendo por qué estuviste tanto tiempo con él.

Ya era tarde para negarme a ser honesta, no lo estaba haciendo por él. Por primera vez estaba siendo honesta conmigo misma.

Sabes Lalo, le dije, llevo muchos años fingiendo que no me afecta,

pero nunca había podido hablar de esto con alguien y por increíble que te suene, siento que el simple hecho de contártelo, me pone en paz.

La verdad es que no todo fue malo, también hubo cosas increíbles, de hecho me llevó a conocer Europa y varios países de Sudamérica. Cuando quería era un gran hombre, se preocupaba porque no me faltara nada y siempre estaba pendiente de mi hermana. Estoy agradecida de haberlo conocido, me enseñó mucho sobre la vida. El problema eran sus celos y la forma en que me trataba cuando tomaba, cada cuatro días.

Gracias por escucharme, sé que no es fácil.

—Las gracias te las doy yo por confiar en mí —dijo mientras sonaba su celular. Pidió permiso y se levantó de la mesa.

En cuanto se descuidó, miré el reloj y ya era tardísimo. Pagué la cuenta y caminé hacia a la salida sin que él lo notara, pero me alcanzó justo en la puerta y salió conmigo.

—¿Te vas a ir sin despedirte? —me dijo.

—No te enojas, es que ya tengo mucho sueño y debo levantarme temprano mañana.

—¿Cómo crees que me voy a enojar? Discúlpame si te estoy quitando el tiempo, no es mi intención.

¿Quitarme el tiempo? estaba pasando una noche perfecta con el wey más teto de la secundaria. Ninguna de mis amigas me lo iba a perdonar, ni siquiera mi hermana, pero se había puesto guapísimo. Maldita sea, me dije a mí misma entre pensamientos, cuando le sugerí cenar algo y ahí le contaría por qué troné con mi ex.

—Me di cuenta que traía el cinturón mal abrochado y venía saliendo del baño de mujeres —comencé a contarle a Lalo.

Su camisa olía a perfume barato del que usaban las de moral distraída en la preparatoria. Aroma que identifiqué después de abrazarlo.

¿Te confundiste de baño? Le pregunté, pero cuando intentó responder, su prima salió detrás de él, buscándolo.

—¡¿Qué chingados?! —grité sin razón aparente. Quedé perpleja y ofuscada cuando su prima nos vio, se cagó de risa y entró de nuevo al baño. No hacía falta ser Sherlock Holmes para darme cuenta de lo que estaba pasando. Di media vuelta, caminé sin prisa a la mesa, tomé mi bolsa y salí huyendo.

Dejé de contestarle los mensajes y las llamadas, pasé una semana

entera llorando sin control por lo ciega que había sido. Fue mi madre quien se acercó para consolarme, habló conmigo desde el corazón. Ahí entendí que no valía la pena gastar mi vida sufriendo por alguien más.

No fue sencillo, incluso tuve que ir a terapia, mi mejor amiga me recomendó con alguien que me ayudó a dejarlo ir. Dos sesiones fueron suficientes para poder desprenderme de él. Escribí una carta agradeciéndole por todas las cosas buenas que había hecho por mí en los últimos cinco años y, al terminar de leerla en voz alta, la quemé.

Después de eso, lo cité en el Starbucks donde hoy trabajo y ahí le pedí por favor que no me volviera a buscar, ya que deseaba enfocar mi vida en otros aspectos. El muy genio, en vez de darme espacio, sacó...

—¿Otros chocolates? —me interrumpió Lalo.

—Así es, los ya famosos —le respondí.

Los dos reímos de manera irónica y ahí comprendió por qué no me gustaban. Llamó a la mesera que nos estaba atendiendo en la taquería que está frente a mi trabajo y con una amabilidad que me dejó sorprendida, le regaló los chocolates.

Nunca pensé que volvería a coincidir con el teto que me hacía las tareas, ahora convertido en un caballero y para colmo guapo. Ya se había pasado la hora de mi novela, así que me relajé un poco y continué conversando con él. Comenzó a contarme sobre su mamá; cumplía años al siguiente día. Quedé sorprendida al escuchar cómo se expresaba tan bien de ella, habló maravillas.

Me contó que su madre le había enseñado que, a pesar de la dura adolescencia que había vivido, lo importante era cómo se sentía por dentro. Cuando íbamos juntos en la escuela, casi todos se burlaban de él. Yo hacía como que no lo conocía, pero era un lindo y entendía nuestro pacto. Nunca le hablé en público, pero sí conversábamos por Messenger. Desde ahí me pasaba las tareas, pasábamos horas chateando sobre lo que más nos gustaba. Siempre me hacía dibujos extraños y hasta me mandaba las canciones que componía pensando en mí.

Lalo, ya que estamos aquí, me gustaría confesarte algo, le dije, la verdad es que siento mucha pena de haberte hablado a escondidas. Sé que ya pasaron muchos años y tal vez no había recordado tu existencia hasta hoy que por casualidad nos encontramos. Quiero decirte que lo siento, ojalá puedas entender que a esa edad era muy difícil apreciar a alguien por sus sentimientos.

Era una niña inmadura, pero sabes que siempre te quise. Es imposible regresar el tiempo para cambiar mis acciones, sin embargo, ahora te tengo de frente y ocupo darte las gracias por haber sido tan buen ser humano conmigo. También debo confesarte que leía una y otra vez las canciones que componías pensando en mí, incluso tenía una carpeta en donde las acomodaba por fecha. Nunca se lo mostré a nadie, ni siquiera a mi hermana. De hecho creo que aún la conservo guardada, si quieres, algún día te la muestro.

Afortunadamente hoy he encontrado un lugar seguro en ti para soltar cosas que algún día me lastimaron.

Dos lágrimas recorrieron su mejilla sin que pudiera controlarlas. Se puso de pie, empujó la silla y se acercó a mí, me tomó de las manos y por fin, después de veinte años, se atrevió a besarme. Ahí comprobé lo que había escuchado días atrás sobre la teoría de los cerillos, que en resumen, dice que basta con algo que detone ese chispazo que ilumina cada parte de tu alma. Aquél beso iluminó mi alma, mi corazón y mi vida entera. No existen palabras para describir lo que sentí.

Bendita seas, María, me dijo con el corazón latiendo alto al abrazarme después de nuestro primer beso. Creo fervientemente que el fin último de una pareja no es coincidir con alguien que te haga sentir completo, sino compartir con ese alguien lo completo que estás por dentro. La verdad es que estuve enamorado de ti muchos años. Te agradezco la confesión, siento bonito al escucharte mencionar estas palabras.

Los dos guardamos silencio durante algunos segundos. Te voy a comprar unos chocolates a ver si así me disculpas, le dije para romper el hielo; ambos reímos y nos miramos fijamente.

—Gracias por este gran día, Lalo, coincidir contigo ha sido perfecto.

3

—Hola Sebastián, habla César, el papá de María.

—Buenos días, señor Echeverría.

Era muy bizarro estar hablando con el papá de mi ex. No sabía qué esperar, pero de pronto mi corazón comenzó a latir más fuerte.

—¿A qué debo su llamada? —le pregunté.

—Mira, tú y yo nunca congeniamos, pero fuiste alguien importante para ella y por eso te llamo.

—No me espante. ¿Está todo en orden?

—Ayer la atropellaron afuera de una taquería que está en Palmas.

—¿Qué qué?!

—La vamos a velar en casa, por si quieres venir.

—¿Cómo que velar? No chingue, no entiendo.

—Falleció al instante, Sebastián. Date una vuelta si puedes, saludos.

¿Había fallecido? En cuanto colgué el teléfono tomé las llaves de la camioneta de mi mamá y salí corriendo. El elevador no servía, así que bajé por las escaleras. Mover un auto en el estacionamiento del edificio es un problema, afortunadamente está don Ja, el vigilante que echa aguas para poder salir. Di una palmada cerca de su cara porque se estaba quedando dormido en la caseta, en cuanto se despertó me quiso hacer la plática, pero le pedí que abriera rápido el portón.

Tuvieron que pasar quince años para que me atreviera a tomar el volante de nuevo, la ocasión lo ameritaba. A pesar de que no terminamos de la mejor manera, me dieron ganas de llorar mientras conducía. Incluso se me quitó la horrible cruda que traía del día anterior. De a poco fui recordando momentos que vivimos juntos. Como cuando le llamaba por teléfono a su casa para darle las buenas noches, saludaba a mi suegra y, horas después, me daba cuenta que su hermana había levantado el otro teléfono para escuchar nuestras tonterías.

En todos sus cumpleaños le regalaba algo especial y, cada que podía, la sorprendía con sus chocolates favoritos. A veces iba a su casa en la noche para verla veinte minutos, tiempo que le permitían estar afuera conmigo. Hablábamos de la escuela y hacíamos el plan para el fin de semana. Veinte minutos en los que podía besarla, abrazarla y decirle cuánto la quería.

Pasé cinco años entregado a María Echevarría, para que un jueves cualquiera, después de ver a su terapeuta, me dijera que necesitaba enfocarse en ella misma porque se había dado cuenta de que yo no era lo que realmente quería. Según dijo, necesitaba tiempo y espacio para encontrarse a sí misma. Nunca entendí cómo esperaba encontrar algo que ya tenía. ¿Cómo te encuentras a ti mismo cuando eres tú quien está buscando?

Cuando terminó conmigo en aquel Starbucks, sentí alegría de verla por primera vez tan convencida de algo. La sorpresa llegó dos meses después cuando me buscó como si nada hubiera pasado y con la mano en la cintura se atrevió a pedirme que fuéramos amigos. Quería tenerme en su vida, pero de otra forma, una que demandara menos.

¿Cómo íbamos a ser amigos después de todo lo que vivimos? Después de verla encuerada cientos de veces y de haberle tocado hasta el alma. La mandé a la chingada. No quería ser su amigo. No quería ser alguien a quien le llamara de vez en cuando para saber cómo estaba o sólo porque necesitaba algo. Cinco años de mi vida sirvieron para que me ofreciera su amistad como premio de consolación.

Desde ese día no sabía nada de ella, hasta hoy.

En el velorio, Viki corrió hacia mí. No encontré palabras que pudieran aliviar su dolor, así que la abracé y ahí mismo se rompió en mi hombro, lloró como nunca lo había hecho. Todo el mundo se dio cuenta, incluso sus padres, a quienes envié de lejos un gesto de gratitud con la cabeza.

—Sebas, ¿qué voy a hacer sin mi hermana?

—Por ahora preocúpate por despedirla como se merece, no pienses en eso. Sabes que estoy aquí para lo que necesites —le dije.

Detrás del ataúd observé un arreglo floral que decía: *Vivirás por siempre, Emi*. Llamó demasiado mi atención porque ese era el apodo que yo usaba cuando le hablaba con cariño. Fue muy extraño leerlo en un arreglo que no era mío. Le pregunté a Viki si sabía quién lo había enviado, pero estaba ida, respondió moviendo la cabeza con un gesto de no saber de qué hablaba.

Cuando vi a Emi recostada en el ataúd comencé a temblar, una sensación de miedo y náuseas recorrieron mi cuerpo. Llevaba puesto el vestido que usaba para eventos especiales; bien maquillada, como si no hubiera pasado nada, como si estuviera dormida. Ay, María, ya ni la chingas, le dije. Pasé varios minutos observándola hasta que sentí una punzada en el corazón, así que preferí salir; prendí un cigarro y me senté en el pasto a

recordar una de nuestras peores etapas.

En aquél entonces, nuestra relación estaba de la chingada, tanto así que me invitó a un retiro de yoga todo pagado. No puedo culparla, trató hasta el cansancio de convertirme en el hombre de sus sueños.

El evento se llevó a cabo en un hotel ecológico de Avándaro. En cuanto llegamos, nos advirtieron que estaba prohibido hablar, incluso en las habitaciones. Casi todos los ahí reunidos se conocían. Fue extraño verla saludar a un viejito canoso, pues se quedaron abrazados como tres minutos. Jamás lo hacía conmigo por más de veinte segundos.

En la mesa comunal nos dieron la oportunidad de hablar para presentarnos y además teníamos que explicar por qué estábamos ahí. Yo dije lo primero que me vino a la mente. Hola soy Sebastián Martínez y estoy aquí porque mi vieja me lo pidió. Namasté.

María se retorció por dentro, frunció el ceño y hasta inventó una pose de yoga cuando se estiró para darme un pellizco sin que nadie se diera cuenta. Jamás entendí el porqué de su enojo. Ella me rogó que la acompañara y así lo hice.

Yo no tenía la mínima intención de comer plátano todo el día, tomar agua de limón con chía sin azúcar y estar tratando de entender mis emociones. Mucho menos ponerme un pie en la cabeza para estar en contacto con lo más interno de mi ser. ¿Qué chingados? A esa edad lo único que deseaba era conocer nuevas ciudades con ella, tomarnos fotos en el *Times Square*, yo que sé. Algo divertido.

La regla más importante del retiro consistía en estar callado todo el día y ella la seguía a raja tabla. A mí me valía madre y cuando estábamos en el cuarto, le contaba lo que había sentido en todo el día, pero se molestaba porque rompía el silencio y me ignoraba toda la noche.

Quise aprenderme el nombre espiritual del yogui que dirigía las actividades, pero para efectos prácticos, lo apodé Nutrioli, porque se parecía al wey de los comerciales. En esa idea del mundo, no basta con tener un sólo nombre, hay que ponerse otro para enredar aún más las cosas.

El retiro fue un caos, sin embargo, Nutrioli me dejó algo. Y algo muy importante.

El último día, hubo reunión alrededor de una fogata donde nos entregaron un rosario budista. La actividad de la noche consistía en, si te nacía, expresar frente a todos lo que había significado para ti el retiro. De nuevo fui el primero en hablar.

Antes que nada, quiero agradecerle a mi novia: María Ingrid Echeverría, Emi pa' los cuates, por haberme invitado, les dije. También quiero agradecerles por la comida sin sabor, por los cayos que me salieron y por la tortura constante. Muchas gracias maestro yogui por...

—Perdón que te interrumpa, Sebas. Sé que aún eres inconsciente de que con tus acciones, no lastimas a tu novia, sino a ti mismo —me dijo Nutrioli. Se puso de pie y se acercó a mí para darme un abrazo.

Mira cabrón, con todo respeto, si me vuelves a tocar sin que yo te lo pida, te rompo la madre, le dije al oído y lo empujé. María, quien estaba del otro lado de la fogata, se levantó como loca, corrió hacia mí y se puso en medio de los dos. Su gran recurso psicológico fue pedirle una disculpa a Nutrioli y a mí me jaló del brazo para apartarme de la fogata.

—¿Para qué chingados me traes si te vas a poner así? —le pregunté.

—Una vez, por una bendita vez te pido que te comportes y eres incapaz de respetar lo que a mí me gusta. Yo sí tengo que andar de tu pendeja en los antros viendo cómo te quitas el zapato para fingir que con eso pagas la cuenta. Yo sí tengo que ir a tu casa a curarte la cruda. Yo sí tengo que ser tu trofeo en las fotos que subes a tus redes sociales. Yo sí, Sebastián.

—No manejé hasta aquí para esto. Que te la pases chingón con esta bola de tarados. Nos vemos luego. Le di un beso en la frente, fui por mis cosas al cuarto y regresé a casa.

Una semana después, en el puente de septiembre, la convencí de irnos a Acapulco.

Todas las modas, hasta las más ridículas, surgen gracias a alguien que se dedica a ser él mismo. Por eso comencé a usar el rosario budista que me había dado Nutrioli para salir de fiesta.

María se dio la encabronada de su vida cuando me vio el rosario por fuera de la playera blanca que me había puesto.

—Estás mal si crees que voy a salir contigo así vestido —me dijo.

—Es para evocar el sentido de paz que hay en mí. ¿No era lo que querías? —le respondí.

Como ya era costumbre, me ignoró. Prefirió encerrarse en el cuarto y no salir.

Para mí fue un día revolucionario. Recuerdo las miradas de todo el Baby'O cuando iba bajando las escaleras para llegar a la pista. Nunca en sus vidas habían visto a un Nutrioli pidiendo botellas en el antro, pues los yoguis

jamás perdían el tiempo en cosas tan banales, o al menos, no iban así vestidos al antro.

Mis amigos se cagaron de risa, me dijeron que faltaban meses para *Halloween*, pero esa noche fui un éxito. Fueron tres chavas las que se me acercaron para platicarme sobre su experiencia en el mundo espiritual. Yo no me la creía, pero me hizo sentido después de ver el éxito que tenía Nutrioli, tanto con mujeres como con hombres, todos en el retiro lo adoraban. Esa noche, me pasó a mí. Sentí el deseo de ser alguien que no era. Hablar sobre *shavasana* con ellas fue suficiente para que quisieran seguir la fiesta con nosotros.

Me hice pasar por yogui y repetí de memoria algunas de las cosas que Nutrioli nos había dicho en el retiro. Lo que me valió mi primer trío con dos desconocidas que saqué del Baby.

María siempre me echaba la culpa de la moda que surgió un poco después de mis aventuras como yogui. Yo creía que los Nutriolis del mundo se habían dado cuenta de lo fácil que era conocer mujeres con ese atuendo, pero la realidad fue que muchos empezaron a imitarme. Comenzando por mis amigos.

El primer día fue un "¿qué es eso que traes colgando, dónde está tu camisa?" Dos meses después parecíamos un culto. Todos con rosario budista por fuera de la playera y uno que otro con pulseras de Ganesh. No teníamos idea de lo que significaba, pero nos abrió las puertas de bastantes camas.

Ese fin de semana en Acapulco, María terminó por primera vez conmigo. Duramos aproximadamente dos días separados, tiempo que me costó convencerla de que el Baby había estado aburridísimo sin ella.

Al terminar mi cigarro en el jardín, pude ver de lejos a un grupo de ex amigos con los que conviví por varios años, estaban ahí reunidos como si nada hubiera pasado. Me acerqué para saludarlos y aunque traté de seguirles la conversación, aguanté muy poco.

—¿Alguien me puede explicar qué chingados pasó y por qué hay un arreglo que dice Emi? Yo no lo envié.

—Ay, Sebastián, tú siempre pensando sólo en ti.

—Por eso éramos amigos, Carlitos. Como dos gotas de agua ¿qué'no?

—Éramos, tú lo haz dicho. Para no hacerte el cuento largo, porque seguro llevas prisa, un camión atropelló ayer a María cuando iba saliendo de una taquería en Palmas.

—No mames, Carlos, eso ya lo sé. ¿Quién mandó el arreglo?

—¿Y yo cómo voy a saber? Lo único que me quedó claro es que hay un wey por ahí que se hizo cargo de todo, lo que tú jamás habrías hecho, pues.

—Eres un pendejo. Adiós.

Entre las náuseas y la enorme hueva que me dieron, tenía ganas de irme. Así que salí de la casa para fumarme otro cigarro. Al prenderlo pude sentir que alguien me tocaba la espalda. Traía un pantalón de mezclilla pegadito, de esos que dejan bien poquito a la imaginación y un suéter negro que delineaba todos sus atributos; su bolsa, al igual que los tacones, eran de color morado.

Lo siento mucho, todo va estar bien, me dijo al oído como si nos conociéramos. Me tomó de las manos, me besó la mejilla y caminó hacia la casa. Traté de comportarme de acuerdo a la ocasión, intenté controlar mis instintos, pero cuando le vi las nalgas al cruzar la puerta, fue imposible.

Tuve que entrar de nuevo. La mujer ya estaba frente al ataúd, sola. Así que me acerqué.

—Yo tampoco conozco casi a nadie —le dije.

—Hola, soy Rebeca. Oye, creo que te confundí. Eres igualito al tipo que estaba ayer con ella, perdón.

—¿Quién? —le pregunté.

—Lalo, el que llegó corriendo al Starbucks para darnos la noticia.

Escuché a Rebeca por tres minutos seguidos hablar de la nula relación que llevaba con María, resultó ser su compañera de trabajo. Me contó que estaba ahí porque su jefe se lo había pedido; no planeaba quedarse mucho tiempo.

Según entendí, el tal Eduardo se hizo cargo de avisarle a su familia y de todo lo demás. No sé si exista un manual del buen ex novio, mucho menos si hay una normativa jurídica sobre cómo se debe comportar alguien en un velorio, pero mis ganas de ver a Rebeca encuerada pudieron más que esos prejuicios.

Ambos mirábamos de frente el ataúd de María cuando nos invadió un pequeño silencio. ¿Vamos por unos tequilas? Le susurré al oído.

Cada quien se toma el tequila como puede. A mí me gusta derecho, y que raspe. Por eso siempre voy a la misma cantina de Coyoacán en donde los tragos están bien servidos y el precio es justo. Además, si sabes dónde sentarte, alcanzas a ver un cachito del centro.

Esa noche estaba a reventar, no tenían mesas disponibles. Después de hablar con el gerente, conseguí que nos pusieran dos bancos en la barra, ordené un tequila para los dos, tomé la mitad y le pasé el caballito; ella hizo lo mismo. Después de varios tragos se puso de pie, caminó hacia el baño de mujeres y me pidió que la siguiera.

No era mi primer rodeo en baño público, así que al entrar atoreé la puerta y comencé a besarla, sin embargo, fue ella quien tomó el control al sentarme en el escusado. Dejé que lo hiciera, era demasiado sexy para prohibirle algo. De pronto sentí sus manos en mis rodillas, con una calma inaudita las fue abriendo hasta quedar en cuclillas frente a mí. Acto seguido, desabrochó mi cinturón y sin quitarme la mirada de encima, me acarició la ingle con su lengua. Poco a poco fui perdiendo de vista sus ojos hasta que logré recostarme en el retrete perdiendo la noción del tiempo. Unos minutos después se levantó, me dio la espalda y se bajó el pantalón. ¿Qué esperas?, preguntó en lo que se inclinaba. Un instinto animal recorrió mi cuerpo, la jalé del cabello y cuando me disponía a invadirla por dentro me detuvo en seco. Sin gorrito no hay fiesta, susurró en mi oído. Tardó cinco segundos en acicalarse, salió del baño y como si nada hubiera pasado, se puso a bailar en la pista. En realidad, estaba confundido, así que la pedí que nos fuéramos de ahí.

Manejé como loco hasta Satélite nada más para ver cómo los astros se alineaban en contra mía; había más de diez patrullas sobre la avenida, varias ambulancias y un camión de bomberos. Pensé que era una broma. Llegando a la esquina del edificio le pedí al policía que custodiaba la calle que nos dejara pasar a mi casa, pero la entrada se había convertido en la escena de un accidente. Por si fuera poco, don Ja era el único testigo de la tragedia que involucraba dos autos. De lejos pude ver un Platina gris partido a la mitad, así que me pidieron amablemente que desalojara la vía.

Soy de los que nunca se rinden tan fácil, pero antes de poder siquiera pensar en un plan B, Rebeca dijo que esa no sería nuestra noche. Sacó el labial morado, anotó su número en el parabrisas y antes de bajarse me pidió que no la siguiera, pero que le llamara el siguiente fin de semana. Aseguró que no saldríamos de la cama.

Como era imposible acercarme al edificio, decidí llamar a Pato para que me dejara dormir en su depa, pero nunca respondió el muy cabrón. Así que pasé la noche en un motel de los baratos. Ya en la habitación, noté la suciedad en los rincones; en la tele sólo había *porno* del malo. Fue deprimente

dormir ahí, incluso tuve que pedir unos taponés para los oídos, porque la habitación de junto retumbaba con reggaetón.

Regresando a casa pude platicar con don Ja. Me contó que estuvo horas en el MP donde lo trataron como si fuera el culpable. También dijo que la administradora lo había regañado porque pensó que se había ido de borracho.

—¡Hace veintitrés años que no tomo joven!, imagínese nomás —me dijo.

Después de escuchar la noticia, logré entrar a mi casa. Deseaba dormir otro rato, pero no pude lograrlo. En cambio, experimenté la primer cruda moral de mi vida. Pasé media hora en el baño vomitando cada que revivía la imagen de María en esa caja. No me arrepentí de lo que pasó con Rebeca, de hecho deseaba adelantar el tiempo una semana para verla de nuevo. Unos minutos más tarde tocaron a la puerta, era Javier, el vecino de enfrente.

Lo conocí en el elevador justo el día que llegamos a vivir a este edificio. Eres nuevo, ¿ve'a?, me dijo, no sin antes advertirme de las dos francesas del tercer piso que, según él, eran artistas porno.

Nunca pensó que eso se convertiría en un reto para mí; tres meses después de aquella advertencia lo invité para que las conociera. Resultó que Colette y Sophie llevaban varios años viviendo ahí; además, eran mi especialidad, modelos, no estrellas porno como Javier creía. Desde ahí nos hicimos amigos, a veces pide consejos cuando se trata de mujeres, pero nunca le sirven, por extraño que parezca no sé dar consejos de ese tipo, creo que son tácticas unipersonales y, como tal, le sirven a quien las inventa.

—Fue un pedo dormir con tanto escándalo por el accidente, cabrón, me dijo al entrar. Abrió el referí y preparó dos cervezas con clamato.

—Yo ni siquiera pude entrar al edificio, hermano, y eso que venía acompañado, tuve que dormir en el motel de la curva.

—¿De dónde la sacaste?

—Si te cuento me dejas de hablar. Mejor límitate a pedir una barbacoa.

Javier se ha convertido en mi cómplice, lo invito cuando no salgo con Pato para que aprenda el arte de enamorar a alguien en una noche, pero es lento, tímido y a veces un poco torpe. Sin embargo, lo considero un crack para las matemáticas así que entiende perfecto “despejar X” cuando tiene que distraer a la amiga incómoda de la chava que me gusta, si es que va

acompañada, claro.

Como era domingo, abrimos unas chelas, pedimos algo de comer y vimos el americano. Ambos somos solteros, bueno, yo a veces. Él, se me hace que lo será de por vida. En lo que Javi se emocionaba con sus *Raiders*, hablé un rato con Pato y preferí no contarle lo que estaba pasando; él nunca conoció a María.

No soy Leonardo DiCaprio ni mucho menos, simplemente sé cómo tratar a las mujeres, por eso, al cumplirse una semana exacta desde nuestro primer encuentro, le envié un SMS a Rebeca.

—Compré una caja de condones sólo para ti. Que tengas un bonito día.
—le escribí.

—¿En serio, por SMS? Tú sí que eres hipster —me respondió.

—Perdón por ser romántico a la antigua.

—¿Crees en las segundas oportunidades? —me preguntó.

—Sí, cuando ya no somos los de antes.

—¿Crees en las historias con finales felices?

—Prefiero ver las cosas como son, apreciar las realidades e ignorar fantasías.

—Entonces te daré otra oportunidad para llevarme a tu cama, pero sólo eso. No busco nada de fantasía.

—Perfecto, ya sabes dónde vivo. ¿Te veo aquí en una hora?

—Sí.

Lo primero que hizo al entrar, fue quitarse los zapatos y husmear por todos lados. ¿Tienes fotos con María?, me preguntó después de sentarse en la sala. Le dije que no tenía nada; preferí cambiar el tema. Traté de ambientar un poco el espacio poniendo música y sirviendo dos copas del whisky caro; para mi fortuna, no sirvieron de nada porque en cuanto me senté a su lado, comenzó a besarme.

Esta vez yo tomé el control. La puse encima de mí, comencé a besarle el cuello y la dejé en ropa interior hasta tocar sus senos con la punta de mi lengua. Toqué cada espacio de su cuerpo hasta que le pasé por en medio de las piernas el firme amor que traía en el cuerpo; la hice mía.

Estaba quedándome sin aliento cuando logré que pusiera su frente en el suelo, entonces me gritó siguiera pues quería tenerme ahí hasta que dejara ir todo lo que llevaba dentro. Así lo hice.

Recuerdo con certeza la última vez que cogí, así como la última vez

que hice el amor. A diferencia de los puristas y románticos de antaño, la vida me ha dejado ver que no hay diferencia entre ellas. Para muchos sí, y qué terrible dualidad a la hora de amar.

El amor es vida y, hacerlo, aun sea cogiendo, es la mayor expresión carnal de sentimiento. Se vive de todo, se siente todo y se pierde, por unos segundos, la noción de estar aquí. Qué bello es amar de manera confusa, de manera intermitente y hasta de la forma más pura posible.

Amar el cuerpo y amar de cuerpo a cuerpo es una de las experiencias que me hacen humano. No hay nada más perfecto que sentir sus profundidades mientras nos convertimos en uno mismo. Ese instante mágico e indescriptible que puede sucedernos con cruzar una mirada a diez metros de distancia y no necesariamente cogiendo, eso, para mí, es amar.

Después de una hora cogiendo sin parar, nos quedamos encuerados en el piso; prendí un cigarro. Rebeca volteó para pedirme una fumada, yo aproveché para leerle en voz alta un poema.

Quédate cinco minutos, deja que se refleje el amanecer en tus pupilas. Quédate un día entero recostada en mi cama, sin preocupart...

—No seas cursi, Sebas, mejor pídemme un Uber, que ya se me hizo tarde —me interrumpió.

—Pero si acabamos de terminar, no chingues —le respondí.

—Sí. Igual debo irme.

Con un zapato puesto y el otro en la mano, empezó a levantar sus cosas.

—¿Lo pediste? —me preguntó— si no, para irme en taxi.

—Llega en tres minutos, tranquila.

Usualmente soy yo el que sale corriendo de casa ajena, pero esta vez era Rebeca quien llevaba prisa. Luego de acompañarla, me quedé dormido.

Rebeca se adueñó de mis sábados, entre semana no me molestaba, ni yo a ella. Tampoco hacíamos preguntas. A mí me bastaba con recibir un SMS para alcanzarla en algún bar, echarnos unos drinks y terminar revolcándonos en la cama.

Tenía mucho tiempo sin sentirme de esta forma, me fascina la manera en que mueve la nariz a la derecha y se toca la oreja cuando dice una mentira. No siempre la descubro, pero cuando lo hago, me parece más hermosa, más

real. Soy fan de su rostro sin maquillaje y de sus labios al natural. Me vuelve loco su forma de pronunciar dos veces las palabras que no entiende, su inglés perfecto y los mil idiomas que usamos a la hora de revolcarnos en las sábanas. Me mata que siempre lleve prisa, a veces me gustaría preparar el desayuno y quedarnos viendo la tele, pero es imposible. Siempre se va antes de las nueve de la mañana, ya llevábamos un mes así, por eso, a la siguiente semana, le pedí que nos viéramos en el bar de Coyoacán. Quería contarle de frente lo que me estaba pasando.

—Hola Sebas, tengo poco tiempo, ¿qué querías decirme?

—La neta quiero verte más seguido, Rebe, siento que nuestra relación podría convertirse en algo bien a toda madre —le dije.

—Gordito, ¿creí que habíamos dejado claro que lo nuestro eran tragos con revolcones en la cama, ¿a poco ya te enamoraste? —me preguntó.

—Para nada. Sólo pensé que podíamos vernos más, hacer otro tipo de cosas —le respondí.

—¿Como si fuéramos pareja? Mira, gordo, no te lo dije porque asumí que sabías lo que hacías, pero tengo novio, de hecho vivo con él. Si me quedo contigo es porque su trabajo le exige salir de la ciudad. Llevamos tres años juntos, obviamente no pienso dejarlo por una calentura. Me fascina que me trates como una reina, pero estoy contigo porque Joaquín es malo en la cama; tú eres un experto. Si prefieres, aquí la dejamos, de verdad creí que eras un dandi de esos que cambian de chava cada dos semanas. No imaginé que te clavarías.

—Vaya, no tenía idea. Lamento el malentendido; por mí, nos vemos cuando tengas ganas. Olvida lo que dije.

—Ok, gordito, te busco la próxima semana.

Después de aquellas palabras, tomó sus cosas y salió del bar. Al asomarme alcancé a verla en la esquina subiéndose a un *Beetle* color crema que venía manejando un wey, supuse que era el tal Joaquín.

Ordené un tequila que se convirtió en media botella, trago tras trago fueron pasando por mi mente todas y cada una de las mujeres a las que les había dicho el mismo discurso, jamás imaginé que yo lo recibiría. Estaba hecho mierda por dentro, me sentí impotente pues realmente no podía hacer algo al respecto.

Tomé el teléfono para llamarle a Pato, pero no respondió. Últimamente nos hemos visto muy poco ya que sólo tiene tiempo para Fernanda.

En ese instante comprendí que no existía alguien en el mundo con quien

pudiera desahogarme.

ACERCA DEL AUTOR

Mau Vázquez es un joven originario de la Ciudad de México, quien después de vivir un tiempo en la India, un hermoso divorcio y algunas canas, decide a los treinta años darle un cambio a su vida de empresario para experimentar de manera formal lo que más ha amado en la vida, escribir.